





LA CAZA Y LA PESCA

LA CAZA Y LA PESCA –PRINCIPALES FUENTES de sustento del hombre primitivo y actividades esenciales a las que se dedicó la humanidad en los albores de la civilización– adquirieron un gran desarrollo en la época mochica. La alfarería guarda importantes documentos sobre estas manifestaciones, los mismos que han servido para sugerir las observaciones que integran este capítulo. Además de ellos, hemos de tener muy presente las sencillas prácticas de caza y pesca que emplean hoy muchas comunidades indígenas de nuestro litoral, porque en ellas vemos constantemente un reflejo del pasado y porque, además, son las que mayormente nos ayudan a comprender lo que encierran las pictografías y los modelados escultóricos que el artista alfarero ha dejado en la cerámica.

Para esclarecer mejor nuestros conceptos y siguiendo el método usual en esta clase de estudios, trataremos cada actividad separadamente.

LA CAZA

Los documentos que sobre el particular poseemos evidencian terminantemente que esta ocupación en los viejos tiempos mochicas estuvo debidamente organizada y, por ende, reglamentada.

Las pictografías que contienen escenas de caza

atestiguan además que dicha actividad fue el deporte favorito de los grandes jefes y que fue practicada por ellos de manera preferencial. Éstas relatan gráficamente el procedimiento que se empleaba para coger a cada animal, y los instrumentos entonces en boga, que se usaban para poderlos victimar.

Fue, pues, según lo que dejamos dicho, la cacería del venado (Fig. No. 401) el deporte por excelencia cultivado por los grandes jefes y nobles mochicas, práctica que solamente estaba reservada para ellos. No podemos asegurar si el pueblo se dedicaba también a este quehacer, a pesar de que hemos encontrado grupos representativos de la clase humilde en todas las escenas de cacería; acaso éstos no eran sino los sirvientes que ayudaban a sus jefes o los representantes de las grandes masas que asistían a tan importantes torneos, con el objeto de aplaudir y estimular la agilidad y destreza que derrochaban sus gobernantes en los incidentes movidos y hasta dramáticos de tan pintoresca como sugerente costumbre.

Los jefes mochicas acudían a la caza exhibiendo vestidos sencillos que les permitían una mayor desenvoltura y seguridad en los movimientos en general, y muy especialmente para las carreras. Llevaban hermosos tocados, muy bien sujetos bajo el mentón voluntarioso; el busto y los miembros superiores e inferiores iban descubiertos. Las piernas las llevaban protegidas en igual forma que los “mensajeros”, cuya minuciosa descripción aparece en el capítulo dedicado al tema de la escritura.

Armados con estólicas que impulsaban dardos de

Fig. No. 401.- El venado (*Cervus nemorivagus*).
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera (091-006-015)

filudas puntas de cobre, o también dueños de grandes saetas que se lanzaban a manera de jabalinas (Fig. No. 402), marchaban animosos y seguros del éxito de su empresa. Los grandes dardos eran lanzados con enorme vigor, de manera que, por regla general, al dar en el blanco atravesaran el cuerpo del venado.

Fuera de las armas cortantes de caza ya citadas, utilizaron también las contundentes, como la maza o porra, que servían muy especialmente para atontarlos cuando eran acorralados dentro de las redes y también para ultimar a la presa (Fig. No. 403).

De mucha solemnidad debieron ser estas grandes cacerías, que se iniciaban con el desfile de los jefes, quienes eran conducidos al lugar del evento en literas o andas de traza muy sencilla. Tras ellos seguía una apretada muchedumbre compuesta de individuos que tomaban parte en la ruda labor del rodeo de los animales.

Creemos que los grandes chacos o rodeos que constituyeron el ápice de la caza en la época incaica fueron similares a los que se practicaron en la gran etapa mochica.

Individuos armados de garrotes y de mazas acudían a levantar la caza de los montes, procurando reducir a las presas en círculos cada vez más pequeños, hasta conseguir que ingresaran en una gran red que se tendía con anticipación en un paraje adecuado (Fig. No. 404). La red tenía, en unos casos, una sola puerta de acceso, que era después custodiada por un asistente. La red alcanzaba a encerrar un gran espacio, y es así como podemos ver dentro de ella —en la pictografía que aparece en la figura No. 405— a los jefes que están atacando a los venados que saltan las plantas de achupalla y pasan veloces entre los árboles. Era en el interior de la red donde los jefes animaban su deporte favorito, haciendo gala de su pericia y habilidad en el manejo de la estólica.

Es también interesante anotar que en todas las escenas de cacería hemos podido comprobar que la mayoría de los animales atacados eran machos, hecho que guarda íntima relación con la costumbre incaica por la que “se exterminaba a las fieras, se trasquilaba a los huanacos y vicuñas y se daba soltura a las hembras”.

Para transportar a los animales muertos se utilizaban parihuelas o también se usaba la fuerza humana de la manera como se ilustra en la figura No. 406, es decir, sobre las espaldas, sostenidos por las patas, que pasaban sobre los hombros.

En el acto de encerrar a los venados en las redes, era muy frecuente que cayeran animalitos tiernos, los mismos que eran cogidos vivos, y se procuraba causarles el menor daño posible para enseguida proceder a su domesticación. Es así como no otra significación tienen las representaciones de estos herbívoros prisioneros.

Además de los venados, entre los animales montaraces se cazaba a los pumas y tigrillos, y se elegían a los cachorros para poderlos atrapar vivos y reducirlos a domesticidad. Dada la gran veneración que rendían los mochicas a estos felinos, debió considerarse como un gran privilegio poder dedicarse a su cría. Es por ello frecuente encontrar a personajes que tienen todo el aspecto de grandes jefes que llevan entre sus brazos a pequeños felinos que aparentan mucha mansedumbre. La caza de las aves fue igualmente muy codiciada. Las carnes de los volátiles se empleaban en la alimentación, mientras su plumaje servía para la confección de vistosos y multicolores atavíos. A orillas del mar, en las lagunas, ríos y las charcas se cazaba gran número de palmípedas, cuya variedad en el litoral peruano es asombrosa, como múltiple su procedencia.

La pictografía que aparece en la figura No. 407 es la única de importancia y nos sirve de documento en la investigación de esta fase de la vida mochica. En primer término, podemos observar en ella a un ser ornitomorfo, cuyo medio cuerpo superior pertenece a un halcón que representa las funciones de cazador. Ataviado vistosamente, se dedica a lanzar con la estólica afilados dardos sobre un ave que vuela al centro de la escena. Los dardos son pequeños y llevan dos aditamentos de forma estrellada que permiten efectuar una mejor trayectoria, y contribuyen a la mayor eficacia del arma. Este cazador está auxiliado por otros seres ornitomorfos humanizados, que se dedican a recoger y alcanzar los dardos que están en el suelo. Uno de los ayudantes sostiene en sus manos una red de forma trapezoidal que lleva mango, aparato que servía para protegerse la cabeza de los dardos que descendían de lo alto. Además, como esta práctica originaba una gran agitación y continuas carreras, los auxiliares iban provistos de recipientes con líquidos y alimentos que les eran alcanzados al cazador en el momento oportuno. En este caso, lo curioso es observar que uno de los ayudantes que lleva al cazador sus reconstituyentes es un ser humano regamente ataviado. ¿Qué significación entraña dicho ser? Hasta el momento



Fig. No. 402.- Gran jefe utilizando la jabalina en la caza del venado.
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera (062-005-003)



Fig. No. 403.- Relieve cerámico donde aparecen cazadores armados con mazas tras venados.
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera (062-005-011)



Fig. No. 404.- Escena de cacería de venados. Pictografía sobre un vaso globular.
Museo Nacional de Arqueología y Antropología



Fig. No. 405.- Escena pictórica de un vaso pintado que nos revela la cacería del venado.
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera (2070)



Fig. No. 406.- Cazador chimú que lleva auestas un venado muerto en la cacería.
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera (062-009-006)